

Plástica

Fernando Sánchez Torres

Divagaciones en torno de la pintura

Fernando Sánchez Torres



Autorretrato.

No he sido crítico de arte ni consagrado artista. Sin embargo, mi afinidad al arte, particularmente al género pictórico, es lo que me ha llevado a reflexionar sobre el tema y, por lo mismo, a expresar, con timidez, algunas de esas divagaciones, que quiero compartir con ustedes.

¿Qué es el arte?

El inglés Herbert Read lo define, con inocultable sublimidad, como la afirmación, la aceptación y la intensificación de la vida. Para mí, simplemente, es una forma estética de expresar los sentimientos. Esa expresión puede transmitirse de manera visual o auditiva. La primera involucra a las artes plásticas, la segunda a la música. La literatura, que incluye la poesía —tenida con toda justicia como un arte— es una expresión visual y auditiva a la vez, como pudiera ser la danza, quizás la más antigua de las artes. Cuando el arte se aplica a los objetos para darles valor estético, constituye la “artesanía”, que es una especie de hermana menor de aquel.

El cultor del arte lo que hace precisamente es plasmar sus sentimientos, producto de estímulos externos e internos que el cerebro capta, procesa y refina para convertirlos en obras. Todos tenemos sentimientos, pero muy pocos pueden traducirlos estéticamente, bellamente. Se necesita “duende” o “inspiración” para hacerlo.

En mi concepto, lo que es feo riñe con la esencia del arte, aceptando que el concepto de “belleza” o “fealdad” tiene mucho de subjetivo, de personal. Bien se dice que la belleza no es única; es variable según los



Mi nieta Daniela.

ojos del que mira o del oído del que escucha. Hay producciones que no representan figuras bellas o sonidos apacibles, pero que pueden aceptarse como obras de arte, por cuanto expresan un sentimiento del artista. Pongo como ejemplo las llamadas “Pinturas negras” de Francisco de Goya, o *El grito* del noruego Edvard Munch, o las “Gordas” de Bote-ro, o algunas piezas de Stravinski. Todo es cuestión de gustos. Lo bello, como lo feo, es algo que generalmente no cuesta trabajo identificar. Sin embargo, lo bello se caracteriza por producir mucho más que deleite espiritual. “Tengo para mí —decía Borges— que la belleza es una sensación física que sentimos con todo el cuerpo”. Cualquier persona —digo yo—, de cualquier estrato



Bodegón 3.

T. Sanchez T
08

Maternidad II.



social o cultural, puede reconocer una obra de arte bella, por cuanto el arte plasmado bellamente es ostensible; en cualesquier tiempo y circunstancia tendrá admiradores. Según el arquitecto catalán Gaudí, “el arte es la belleza y la belleza el resplandor de la verdad, sin la cual no hay arte”. Es evidente, las obras de arte carentes de belleza carecen de verdad; por eso sus admiradores son contados al igual que la duración de su pervivencia. Más adelante divagaré sobre el tema.

¿Quién es el artista?

La definición de arte se ha ampliado, perdiendo su sentido primigenio para dar cabida a otro tipo de expresiones. Hoy no solo es artista el pintor, el escultor, el arquitecto, el músico y el poeta, sino también el actor de cine y de teatro, el fotógrafo, el bailarín, el cantante, el torero y hasta el futbolista. Todo aquel que tenga posibilidad de crear algo, de ser original, o de expresarse estéticamente, recibe el calificativo de “artista”. En la actualidad, y dentro del ámbito de las artes plásticas, han surgido dos modalidades discutibles: el instalacionismo y el performancismo, de las que me ocuparé luego.

El artista, el forjador de arte, debe ser un creador, un héroe de la imaginación según Daniel Boorstin (autor del magistral libro *Los creadores*), advirtiéndome que no todo creador es un artista. La condición *sine qua non*, insisto, es que lo creado sea bello, sirva de solaz a los sentidos de quien lo aprecia. Un científico crea conceptos y hechos nuevos, es cierto, pero no caen en la categoría de objetos de arte por carecer unos de corporeidad y otros de estética, de belleza, aunque algunos descubrimientos llevados a expresión virtual o abstracta puedan transformarse en algo artístico, bello, como ocurrió con la “doble hélice” de Watson y Crick (expresión



En mi concepto, lo que es feo riñe con la esencia del arte, aceptando que el concepto de "belleza" o "fealdad" tiene mucho de subjetivo, de personal.



Paisaje

gráfica de la molécula de ADN), que simula un monumento arquitectónico, un canto a la vida, un dechado de armonía, equilibrio, ritmo. Aún más, tiene mucho de poético. Yo relaciono esa imagen con el soneto a la catedral de Colonia, de Juan Lozano y Lozano: “*Mole de encaje y de ilusión, cascada / que baja de la bóveda infinita, / surtidor que hasta Dios se precipita, / escala de Jacob, fuerza encantada*”. Este símil mío no es descabellado: el premio nobel de física (1933), el austriaco Erwin Schrodinger, uno de los creadores de la física cuántica, refiriéndose al grado de organización, al orden maravilloso como las células de los mamíferos se reproducen siguiendo leyes sutiles, decía en 1944 que tal fenómeno



podía expresarlo mejor un poeta o un pintor que un científico, como que esa suma de sucesos biológicos estaba dirigida por armoniosos mecanismos diferentes al mecanismo de probabilidades de la física.

Crear en el ámbito artístico es un proceso intelectual consciente, originado en algún grupo neuronal del cerebro y convertido en objeto mediante el instrumento más útil y admirable que posee el hombre: sus manos. El artista es artista porque tiene ideas y habilidades que otros no poseen. Es una clase especial compuesta por individuos que nacieron con el don privilegiado de poder hacer cosas que muy pocos pueden hacer. Es

lo que se llama “disposición” o “talento”.

El artista verdadero produce sus obras para la gran masa humana, pues comulga con los intereses y necesidades de esta. El artista de élite produce para el clan de los esnobistas, que tiene como corifeos a los críticos de sensibilidad exclusiva, de aquellos que gustan estar en desacuerdo con “la chusma”. No faltan quienes acepten que el esnobismo es un nuevo motor en la vida artística. A veces tales orientadores de la opinión logran alienar y acrecentar la hueste de los simpatizantes. Esa puede ser una de las causas de que el arte se haya venido a menos, a extremos impensados. Me pregunto: ¿Es arte pintarle bigotes a *La Monalisa* de

Leonardo para exponer “la obra” en una galería, con el beneplácito de la crítica? Creo que es una befa, una burla al arte. Ni siquiera podría llamarse pseudoarte. El pintor británico más célebre del siglo XX, Francis Bacon, utilizó su genio para deformar la realidad, para burlarse de la sociedad, de la autoridad espiritual. Su *Estudio del retrato del papa Inocencio X de Velásquez* es muestra de ello. No es *popart*. Es, yo diría, arte burlón. La norteamericana Yanine Antoni embadurnaba su cabello en pintura y luego colocaba la cabeza sobre un pliego de papel; esas producciones tuyas recibían aplausos de algunos críticos de arte, “por la originalidad de la artista”. Ha llegado a tal colmo el esnobismo en las artes

plásticas que cuanto más irreverente sea la producción, mejor recibo tiene. El "artista" belga Wim Delvoye expuso una obra que fue aceptada y aplaudida. Su título: *Cloaca*. Descripción: una sofisticada máquina compuesta de redomas y alambiques, en uno de cuyos extremos y a través de un embudo se le introducen alimentos. Luego de un proceso de transformación o metabolismo, por el extremo opuesto se expulsan excrementos. Ignoro si esta maravillosa obra dinámica fue adquirida por algún museo o por algún excéntrico coleccionista. El mismo "artista" ya antes había expuesto su obra titulada *Mosaico*: con sus propios excrementos, pintó figuras en baldosas para decorar, —según él— baños y cocinas. A esta expresión plástica bien se le pudiera llamar "pintura porquería". Pero el colmo de este arte escatológico —llamado eufemísticamente "conceptual"— lo tenemos en

un compatriota, el "artista" Fernando Perutz, quien en una exposición untó con sus propios excrementos tajadas de pan y luego las comió, acompañadas de una copa de orines. Como médico, creo que a esos "artistas conceptuales", como también a sus críticos corifeos, les haría mucho bien una temporada en el diván del psiquiatra.

El arte para minorías

El pensador español Ortega y Gasset señalaba, en su libro *La deshumanización del arte*, que hay una clase de arte que divide al público en dos grupos: los que lo entienden y los que no lo entienden, como si hubiera estado dirigido a una minoría especialmente dotada. En otras palabras, un arte de casta y no demótico. Ortega hacía referencia al arte



Bodegón 2.



El artista es
artista porque
tiene ideas y
habilidades
que otros no
poseen.



El ginecoobstetra de antaño.

nuevo, que en su concepto es impopular por esencia. Él lo denomina "arte artístico" y le adjudica ciertas tendencias, conexas entre sí, como son el desprecio por la figura humana; es decir, la deshumanización, la preterición de las formas vivas, la consideración del arte como juego, la tendencia a una esencial ironía y la falta de trascendencia.

Otro contemporáneo de Ortega, el médico español y premio nobel de medicina, Santiago Ramón y Cajal, desde la cúspide de los ochenta años comentaba con desilusión que en los últimos veinticinco años (periodo comprendido entre 1910 Y 1935), España había sido invadida por bárbaros nacidos en Francia, Alemania y Holanda, refiriéndose a



El ginecoobstetra de antaño (detalle).



Mónica.

pintores de vanguardia. “El afán de novedad —decía—, el ansia de lucro fácil y la complicidad de marchantes sin conciencia les ha llevado a profanar con sus manos rudas de artesanos, la excelsa hermosura perenne”. Intelectuales más cercanos a nosotros piensan igual. El filósofo alemán Hans Jonas (fallecido en 1995) comentaba:

Hasta la edad avanzada que tengo ha seguido viva en mí una sensibilidad innata, apenas

atenuada por los años, para el arte visual y poético; todavía me emocionan las obras que aprendí a amar y con las que he envejecido. Pero el arte actual me resulta extraño, no comprendo su lenguaje y en este aspecto ya me siento como un forastero en este mundo.

Comulgo por completo con el filósofo Jonas: mi sensibilidad innata riñe con el arte para minorías.

Otro sí: el arte, en esta época posmoderna, ha encontrado un nuevo rumbo, aupado por la tecnología. Me refiero al que producen los cerebros electrónicos, computadorizados; es decir, la llamada infografía. Es un arte cuestionable. Es tanto lo que puede hacer un ordenador, que hasta obras de arte puede realizar, de algún valor estético, hay que reconocerlo. Pero, ¿pueden aceptarse, de verdad, como "obras de arte"? Creo que no. Al arte cibernética le faltan espíritu, emoción, subjetividad; es decir, alma, sello característico de una auténtica obra de arte.

El arte revolucionario

Cuando hablo de "arte revolucionario" no me refiero al que impuso el Partido en la Unión Soviética, sino a aquel que introdujeron en pintura Matisse, Picasso y Braque, que fue un movimiento de carácter subjetivista, apoyado en la hipótesis del subconsciente, formulada por Freud. En el fondo, el arte revolucionario no fue más que una expresión de independencia, de autonomía. En arquitectura tuvo su representante en el genio catalán Antonio Gaudí. Antes de los pintores mencionados, existieron precursores. Cito a uno, el que más admiro: Vincent Van Gogh, quien fuera considerado "el héroe de la modernidad clásica". No solo me apasiona su obra, sino también su vida. Mucho es lo que se ha escrito alrededor de ambas, lo cual pone de presente la importancia del personaje en el ámbito artístico. Digo



En el fondo,
el arte
revolucionario
no fue más
que una
expresión de
independencia,
de autonomía.

que Van Gogh fue revolucionario por cuanto pintó independizándose de lo establecido por el arte y por la Naturaleza, dentro del expresionismo. Lo que pintaba no era como lo veían los demás. Un cielo para él podía ser de color amarillo o verde; su propia barba podía ser roja en vez de rubia. Se dice que para el pintor holandés, el color fue el símbolo de sus sentimientos más íntimos. El amarillo fue su color preferido. Los analistas de la mente pueden darle a este hecho distintas interpretaciones. Se dice que los amarillos que usaba Van Gogh eran inestables por su composición y que el paso del tiempo es el que les ha añadido la textura y la vivacidad tan admirables que hoy exhiben.

Van Gogh ha sido catalogado médicamente como un esquizofrénico epiléptico, bipolar; aun cuando nunca padeció convulsiones tipo "gran mal", sí adolecía de sus equivalentes representados en alucinaciones. Además, tenía crisis depresivas que mitigaba consumiendo bebidas alcohólicas o tragando pintura al óleo. En su edad madura siempre lo acompañó la idea de matarse, idea que finalmente materializó. ¿Fue su esquizofrenia la que lo llevó a cultivar un arte esquizofrénico, si puede llamarse así el desdoblamiento de la realidad, por lo menos de la realidad cromática? Para los psicólogos Schuster y Beisl la esquizofrenia es, entre las enfermedades mentales, la que permite al enfermo una mayor posibilidad de trabajos artísticos. Sea lo que fuere, el arte de Van Gogh es bello,



Camino.

lo cual permite deducir que no basta copiar exactamente lo que se ve para adjudicarle al objeto representado el atributo de bello. Es un arte cautivante, no por ser distinto al arte previo, sino porque permite que sea sentido con todo el cuerpo.

El intento de copiar la naturaleza tal como es, constituye el figurativismo fiel o natural; cuando el artista le da su propia interpretación a la naturaleza, se establece el figurativismo subjetivo, que fue la línea que



El intento de copiar la naturaleza tal como es, constituye el figurativismo fiel o natural; cuando el artista le da su propia interpretación a la naturaleza, se establece el figurativismo subjetivo.

siguió Van Gogh. El advenimiento de la máquina de retratar obligó a los artistas a dejar a un lado el intento de transcribir fielmente lo que veían. Precisamente, esta fue la causa para que la retratística fiel, que era la máxima expresión del arte pictórico, quedara relegada, siendo remplazada por una retratística caricaturesca. Es entonces cuando viene una desintonización o desentendimiento entre el artista y el receptor, y aun entre el artista y los críticos. Recordemos lo que les ocurrió

a los impresionistas cuando quisieron entrar al mundo de las galerías: sus cuadros fueron calificados como "mamarrachos", como esperpentos alejados de la realidad. ¡Qué atrevimiento pintar un cielo abigarrado!, caso Van Gogh, o pintar la salida del sol con simples insinuaciones cromáticas, caso Claude Monet con su famoso cuadro *Impresión*, que vino a darle, en 1874, el nombre al movimiento pictórico por mención del crítico Louis Leroy.

El arte abstracto, abstraccionismo o arte no figurativo, se debe al pintor ruso Wassily Kandinsky, quien lo puso en circulación en 1910. Sin duda, fue una revolucionaria expresión pictórica, en la que está ausente la realidad natural. El crítico Michel Seuphor lo definía así: "Llamo arte abstracto al que no contiene ningún recuerdo, ninguna evocación de la realidad, independientemente de que la realidad sea o no el punto de partida del artista". De pintar las cosas se pasó



Para mi Mayita 2.

a pintar las ideas. Ortega y Gasset llegó a la conclusión de que la eliminación progresiva de los elementos humanos en la producción artística conduciría a un arte para artistas y no para la masa de hombres; un arte elitista, de casta. No solamente se refería al abstraccionismo sino también a todas sus vertientes, como el cubismo de Picasso y Apollinaire, al surrealismo de Dalí, o al arte metafísico de Klee, quien, como dijo de él Herbert Read, trasvaloró todo los valores, frase que bien pudiera traspasarse a los pintores del arte nuevo. Con este, la famosa frase de Benvenuto Cellini "la Naturaleza es el único libro que nos enseña el arte", perdió vigencia.

Arte, sociedad y cultura

Read le da al arte una función social, tesis esta que ha sido muy discutida, pero en general aceptada. Por mi parte, pienso que el arte es una necesidad social, tanto como una necesidad individual. Difícil sostener que las figuras rupestres pintadas poco más o menos hace 20 000 años en las Cuevas de Altamira y en las de Lascaux responden a una necesidad social. Tienen más visos de haber sido una necesidad individual: la del artista, para darle rienda suelta a su instinto creador. Claro que su ocurrencia de seguro gustó a quienes observaban, estableciéndose así una comunicación entre el artista y el espectador, que es lo que a la postre hace del arte una función social.

El arte, además de la causa puramente estética, es susceptible de adquirir compromisos de otra índole. Es el llamado "arte comprometido", que puede tener implicaciones religiosas, políticas, sociales, comerciales, etc. Como ejemplos, cito las obras del beato Angélico (compromiso religioso); el *Guernica* de Picasso y los "murales protesta", pintados por Diego Rivera (compromiso político); muchos de los cuadros de Débora Arango



Bodegón azul.

(compromiso social); la sopa Campbell o la Coca cola de Andy Warhol (compromiso comercial). Particular mención del arte político o panfletario, situación recogida por Igor Golomstock en su libro *Arte Totalitario*.

No puedo dejar de mencionar una modalidad artística reconocida al promediar el siglo XX y denominada *art brut*, término acuñado por el pintor y escultor francés Jean Dubuffet. Se considera un movimiento de vanguardia, surgido al margen de cualquier conocimiento artístico previo; es decir, como



una expresión estética completamente libre, venida de personas marginadas socialmente: enfermos, locos, ancianos, niños. Puede decirse —como su nombre lo sugiere—, que es un “arte bruto”, o “puro”, de raíces innatas. Una especie de “primitivismo”. Divagando sobre este movimiento pictórico de vanguardia, pienso que no es vanguardista. Es una regresión a los inicios del arte, cuando unos creadores desconocidos dieron rienda suelta a su inspiración artística innata, dejando en las cuevas de Lascaux y Altamira testimonio

de ello. ¿Acaso no fue esta una manifestación de arte bruto, puro?

Aun cuando sus raíces son antiquísimas, en los últimos tiempos ha surgido otro movimiento en las artes plásticas, que bien puede considerarse de vanguardia. Me refiero a las expresiones pictóricas registradas en los muros de las principales ciudades del mundo democrático y que en mis divagaciones denomino “muralismo instintivo”.

Fue en la universidad donde tuve mi primer contacto con el muralismo instintivo. Cuando ingresé a estudiar a la Universidad Nacional corría el año de 1949. Al pisar y recorrer su campus se respiraba un ambiente apacible, que invitaba al estudio.

Llegada la década de los cincuenta, el país comenzó a convulsionarse políticamente, como consecuencia de la violencia partidista iniciada unos años atrás. La Universidad no fue ajena a ese fenómeno sociopolítico. Los estudiantes comentábamos y discutíamos lo que estaba ocurriendo, y en las cátedras de sociología y derecho se abrían espacios para su análisis. El advenimiento al poder del general Gustavo Rojas Pinilla, mediante golpe de fuerza, y luego los fatídicos 8 y 9 de junio, politizaron a la comunidad universitaria. Como resultado, surgió un movimiento de rechazo y resistencia al gobierno militar. Unos cuantos conspiradores desembozados fundamos periódicos (*Nuevo Signo* y *Junio*) para manifestar nuestro descontento. Muchos de los inconformes —la mayoría— se manifestaban utilizando otro medio: La Muralla, que era una especie de palimpsesto. Que me acuerde, yo también la utilicé, pero fuera del campus. En las paredes de los orinales de los cafés que frecuentábamos, escribir “¡Abajo la dictadura!”, era escribir un vibrante editorial en un periódico importante.

Superada la dictadura, nos llegaron vientos de fuera, también con mensajes

socio-políticos. Lo ocurrido en Cuba y luego la rebeldía estudiantil en Europa contagiaron el ambiente universitario, que encontró en La Muralla su mejor válvula de escape para desfogar frustraciones contenidas. A partir de entonces la "Ciudad blanca" dejó de serlo. La que para mí era una especie de tábu-la rasa, se convirtió para otros en un inmenso *pasquino*; es decir, en un muro o estatua donde, al igual que en la antigua Roma, solían fijarse los li-belos o escritos satíricos.

Los activistas políti-cos —que no eran ni han sido nunca numerosos en la Universidad Nacional, pero que sí saben hacer ruido— encontraron en el

pasquín un medio de expresión ágil y efectivo. Tal recurso cambió su nombre por el de *grafiti*, que es un neologismo italiano, acep-tado como "grafito" por la Academia Espa-ñola de la Lengua (el letrero que se escribía a mano en los pasquinos recibía el nombre de "grafito", por ser este el material que le da al lápiz su propiedad de pintar adhiriéndose).

Como la juventud siempre está en dispo-sición de protestar, el grafito se ha converti-do en su vehículo preferido de expresión. No faltan motivaciones: el sistema de gobierno que nos rige, la Iglesia, el Ejército y la Policía, el desempleo, la muerte de un guerrillero, el rector de turno, la reforma curricular. Siendo tantas las motivaciones, hay expertos en grafitos. En otros tiempos, para manifestar la inconformidad, se requería de una imprenta



Frutas 1.



Bodegón 5.

para escribir los libelos y pasquines, o de una brocha y un tarro de barniz. A raíz de la aparición del *spray* o aerosol, el escribir en las paredes se hizo un procedimiento práctico y económico. Ya existen “escuelas de grafitos”, donde se preparan profesionales o grafiteros de carrera. En Bogotá deambula un grafitero profesional confeso, Luis Liévano Quimbay, quien manifestó a la prensa que durante un poco más de veinticinco años, a la sombra de las noches, ha venido dejando su legado en los muros de predios deshabitados de la ciudad. Hace algunos días, *El Tiempo* publicó una crónica titulada “Los grafitis bogotanos tienen su ruta turística”; es decir, que ya se ofrece un *tour* para admirar el arte urbano, que tiene en “Toxicómano” a uno de sus exponentes.

El grafito, pues, tiene hoy carta de ciudadanía y pasaporte internacional. Lo que tiene de característico es la intención: criticar, burlarse de la autoridad y mofarse de la sociedad. En las paredes de la ciudad capital pueden leerse muchos, como estos: “Busco sexo, o puesto”, “No solo de paz vive el hambre”, “Viva la coordinadora nacional... de chocolates”, “Mujer, júnete a la lucha... libre!”, “Sin paraíso, ¿para qué tetas?”

Del grafito-protesta se ha pasado a un género pictórico interesante, carente de mensaje definido, y que se ha venido extendiendo por los muros callejeros. Es una especie de muralismo de figuras caprichosas, algunas ingeniosas, pintadas más por iniciativa de los “artistas grafiteros” que por encargo de los propietarios del predio amurallado. Las tabulas rasas o superficies vírgenes que abundan por doquier son violadas para darle cauce a la vena artística represada, constituyéndose en una exposición permanente, al aire libre. El nombre técnico que se le ha dado a ese género artístico es el de *Street Art* (arte callejero), pero bien podría ser llamado *muralismo salvaje*, *muralismo libre* o *muralismo*

vagamundo. Con cualquier nombre rompe la monotonía que transmiten las paredes lavadas, mudas, dándole al rostro de la ciudad un aspecto pintorreado, carnavalesco. No me disgusta del todo esta forma de engalanar los muros, a condición de que no sean los de mi residencia.

Quién iba a pensar que el grafiti, de expresión clandestina y callejera, llegara a convertirse en el icono de una cultura: la llamada *hip-hop*. Como movimiento artístico, inició en Nueva York en la década del sesenta. En algunas importantes ciudades del mundo occidental, el muralismo salvaje fue trocándose en una forma de expresión civilizada: el muralismo académico a gran escala. Quien visite Filadelfia en los Estados Unidos se encontrará con una grata sorpresa visual: un museo permanente abierto, donde pueden admirarse algo así como 3000 murales gigantescos, pintados en las paredes de los edificios de la histórica urbe. Algo más: hoy el grafiti callejero halló acomodo en los museos. En 2009, el *Artium Vitoria* (País Vasco, España) abrió sus puertas para mostrar la historia y la evolución de esta modalidad artística. Asimismo, en París, la Fundación Cartier, durante el segundo semestre del 2009, abrió una gran exposición de grafitos. En este año 2013, el Museo de La Poste de París (Francia) dio paso a la exposición *Más allá del arte urbano* con la participación de famosos grafiteros como Banksy, Obey Space.

El arte como profesión y el valor de las obras de arte

Idealmente, quien cultiva el arte, con excepción de la poesía, debe hacerla con disciplina profesional; es decir, vivir para él y de él. Solo así es posible estudiar, experimentar y producir; en otras palabras: crear. De esa

manera lo han cultivado los grandes maestros, aunque no siempre tal entrega les ha permitido vivir del arte. Algunos sobrevivieron en la miseria y luego de muertos, como cosa paradójica, sus obras se encumbraron en la bolsa crematística de las galerías. El caso más evidente fue el de Van Gogh. Se dice que en vida fueron contados los cuadros que vendió, todos por sumas irrisorias. Ni siquiera su hermano Theo logró comercializarlos, pese a andar involucrado en el negocio del arte. Casi un siglo después de muerto Vincent, una de sus pinturas, *Girasoles*, pintada en Arles en 1888, sin estar considerada como una de sus mejores obras, fue vendida en Londres por 40 millones de dólares.

Una obra de arte, como todo objeto o bienpreciado, tiene valores extrínsecos e intrínsecos. Los primeros están dados por el tamaño de la obra, por el tema y por la técnica como fue tratado, que son asuntos observables por cualquier persona. Sin embargo, no son estas las características que le asignan el valor más importante. Lo que de verdad impone el precio son las cualidades intrínsecas que el artista le imprime a su obra. Así vemos cómo obras elaboradas en los inicios de una carrera artística adquieren precios fabulosos, sin haber una justificación objetiva para ello. Es la presencia virtual del autor la que las valoriza. Se habla entonces de “un Rembrandt”, de “un Gauguin”, de “un Picasso”, de “un Botero”, para señalar que basta el nombre consagrado



A raíz de la aparición del spray o aerosol, el escribir en las paredes se hizo un procedimiento práctico y económico.

del autor para justificar el valor. Las obras de arte tienen carisma, que es su valor intrínseco concedido por su autor. “La gente no compra mis cuadros, compra mi firma”, declaró Picasso alguna vez.

Pero, ¿quién, en últimas, es el encargado de fijarles precio a las obras de arte? Quienes lo hacen son los *marchands* o *connaisseurs*; es decir, los mercaderes. Se trata de conocedores de arte y a la vez de conocedores del medio en que comercian. Los críticos se encargan del veredicto acerca de la calidad del artista y sus obras y los *marchands* se encargan de manejar el precio. El artista, el padre de las obras, es el que menos interviene, aún estando vivo. Si el artista y sus obras no son del gusto de críticos

y mercaderes, aquel no vivirá de sus producciones. Así ocurrió —como ya vimos— con Van Gogh. ¿Qué pasó en este caso? ¿Hay una explicación lógica para ello? La pintura impresionista en su momento no tuvo buen recibo por parte de la crítica. Para que fuera vista se hizo necesario que se les permitiera abrir un “salón de rechazados”. Entonces el público, los espectadores, no fueron tan severos como los críticos que escribían en los periódicos. Poco a poco, el arte impresionista fue abriéndose paso y los críticos fueron cambiando de manera de pensar. Cuando estos se pusieron de acuerdo, vino el *boom* y la comercialización por los mercaderes, seguida de una especulación que ha llegado a los límites del absurdo, como ocurrió con

Girasoles. Lo que es evidente es que el valor de las obras de arte tiene mucho de caprichoso. Sin duda, son los críticos y los *marchands* los que manipulan el valor de la producción artística. Entre nosotros, los conceptos críticos de Marta Traba devaluaron en mucho las obras de pintores valiosos como Miguel Díaz Vargas, Ignacio Gómez Jaramillo, Luis Alberto Acuña y Gonzalo Ariza, a quienes conocí y sentí muy cercanos a mi afecto y a mi gusto artístico. En cambio, lanzaron a la fama a Fernando Botero, a Alejandro Obregón, a Ramírez Villamizar y a Enrique Grau, entre otros, a quienes no conocí, pero también admiro, con la debida reserva.

La producción de los artistas consagrados es patrimonio de la humanidad; por lo tanto, siempre deberían estar al alcance de los espectadores de cualquier estatus social o económico.

Mis escarceos como pintor

Creo que mi ingreso al mundo de la pintura ocurrió cuando apenas comenzaba a tener uso de razón. Con frecuencia, en mis noches de insomnio revivo aquella época lejana. Sin saber leer aún, copiaba algunas de las tiras cómicas que traía el periódico y dibujaba las letras cuyos nombres mi madre me iba enseñando. A los nueve

años, por iniciativa propia, me matriculé en un programa nocturno de dibujo para obreros que ofrecía la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional, y que regentaba el maestro Ignacio Gómez Jaramillo. A poco de iniciado el curso, falleció mi madre y hube de retirarme, siendo esta mi primera frustración en mi aspiración de ser pintor. Nueve o diez años después reincidí. Mis profesores fueron entonces Gonzalo Ariza y un maestro muy serio, de apellido Aragón. Mi paso del bachillerato a la universidad frustró de nuevo mis aspiraciones artísticas.

Cuando iniciaba mis estudios médicos existía una asignatura llamada “Dibujo médico”, a cargo del maestro Miguel Díaz Vargas, de la escuela madrileña de San Fernando.



Modelo 2.

Cuando él se percató de mi disposición para la pintura me aconsejó que me enrumbara por la vía del arte y que su taller estaba a mi disposición, generoso ofrecimiento que rechacé por estar ya comprometido con la medicina.

Sin embargo, no fui indiferente con el mundo del arte. Asistía a exposiciones y leía acerca de las figuras que en el momento campeaban en el escenario pictórico. Terminada la Primera Guerra Mundial, apareció el *dadaísmo*, considerado como el movimiento más subversivo de la historia del arte. Luego se sumó el surrealismo, en el que la fantasía sustituía a la realidad. El cubismo trajo consigo una verdadera revelación al mostrar que las cosas no son como parecen, como las vemos, sino como son en su totalidad. Es una nueva lectura de la pintura, una especulación guiada por la abstracción, la imaginación y la inteligencia. Por eso el cubismo fue tenido como un movimiento intelectualista surgido en Montmartre y Montparnasse, con exponentes como Picasso, Braque, Juan Gris y Léger. Marcel Duchamp, en Nueva York, llega al *súmmum* del vanguardismo, utilizando objetos disímiles y ordinarios —como sanitarios, estropajos, ruedas de bicicletas— llamados *ready made*, que al colocarlos en un pedestal ingresaban a la categoría de “obras de arte”. Algo similar ocurrió con Kurt Schwitters, quien usó tiquetes de teatro o de tranvía, estampillas, trapos, fragmentos metálicos, etc. Es decir, *collages*, expresión “artística” que alguien llamó “pintura sucia”.

Vienen luego el constructivismo, el rayonismo, el suprematismo, el informalismo, el cientismo, el expresionismo abstracto y muchos otros ismos, hasta desembocar en el instalacionismo, que —con perdón de quienes lo practican y lo aplauden— de arte no tienen nada. Al respecto, el pintor peruano Fernando Szyszlo ha dicho que “el arte se volvió voltear una escoba contra la pared y decir que es una instalación que representa la tragedia de vivir en el siglo XX”. Tampoco puede ser arte esa modalidad última llamada *performance* (anglicismo que según la Academia Española debe ser sustituido por *actuación* o *interpretación*), representada entre nosotros por María José Arjona. Su expresión artística —expuesta en Bogotá en mayo de 2009— consistió en permanecer seis horas



Maternidad I.

al día sentada en una silla, a ocho metros del piso, en la mitad de un silo, frotando con una varita los bordes de un cuenco metálico para producir sonidos que se expandían por el silo. Como en el piso se depositó agua, el espectador observaba que a sus pies estaba el reflejo de lo que había arriba. En la revista *El Malpensante* del mes de abril, la crítica de arte y curadora mexicana Avelina Lésper, refiriéndose al *performance* escribió: “Ninguna de estas manifestaciones demuestra talento, técnica, lenguaje o capacidad creadora (...). Entonces, ¿por qué llaman a esto arte, por qué se auto-determinan artistas y cómo pueden decir que es este el arte de nuestra época?”

Un par de veces, ya traspuestos los cincuenta años, con ánimo de aprender, me acerqué al estudio de reconocidos pintores, quienes me recomendaban seguir alguna tendencia vanguardista, por, pienso yo, estar de moda. Es decir, ingresar al mundo esnobista del arte. No hubiera podido adaptarme a la pintura de Mark Rothko o de Jackson Pollock; es decir, al expresionismo abstracto, que era la que predominaba entonces. Mi mentalidad artística no estaba acondicionada para ello. Ya septuagenario me refugié en el taller del maestro Ángel Loochkartt, formado en Italia, admirador, pero no seguidor del clasicismo. Su pintura expresionista, de vibrante colorido, se basa en la figura humana plasmada con imaginación, con libertad estética. Maestro generoso, me enseñó recursos que solo la



El cubismo
trae consigo
una verdadera
revelación, al
mostrar que las
cosas no son
como parecen,
como las vemos,
sino como son
en su totalidad.

experiencia da. He seguido con preferencias la línea del retrato, por considerar que es una buena oportunidad para desvelar artísticamente la personalidad del modelo y porque es un desafío frente a este y a los potenciales espectadores, como también a la cámara fotográfica. Para mí, captar el parecido externo e interno es, en verdad, el desafío. La retratística, a diferencia de cualquier otro género pictórico, no requiere discurso teórico o especulativo para defender o explicar la obra, pues esta se demuestra a sí misma. Está ahí, a la vista del espectador, sin necesidad de explicaciones, de interpretaciones traídas de los cabellos. Hay una curiosa anécdota al respecto: un consagrado retratista del siglo XIX, al reclamarle una

distinguida dama que acababa de pintar que no se parecía mucho, él le dijo muy seguro: “No se preocupe señora, Dejemos que pase el tiempo. Este retrato —no lo dude— terminará colgado en un museo importante y usted compartirá la fama conmigo. La posteridad no preguntará si se parecía o no”.

Pintando me re-creo; es decir, a la vez que me entretengo me siento realizando, pues estoy creando. Entonces le encuentro sentido a la vida y agradezco al destino haberme permitido llegar a viejo todavía con capacidad creadora. Por eso quisiera dedicar por completo mis últimos días al divino arte de la pintura, esperanzado en que así no pase al olvido. Quedarán mis obras, que recordarán mi nombre a la posteridad. ■